

venido, Bolívar salió por aquella puerta para no volver más!

.....Lo esperaba la traición, el puñal de septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba!

Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, y como sonámbulo. Los que lograron reconocerle a favor de algún claro de luna, cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse al punto, sorprendidos, y ya sin tiempo para el saludo se decían en voz bajo, con profundo respeto: es el Libertador.

## ORACION

del Pbro. Dr. Juan Manuel González el día de los funerales del Sr. Prefecto Apostólico de Urabá.

“Defunctus adhuc loquitur”.

Hebreos XI vs. 4.

**Desde su tumba nos habla todavía.**

Permitidme que declare sin afectada modestia y dejando que la sinceridad hable por mis labios, que mis menguadas capacidades y la cortedad de mis recursos e ingenio, eran inaparentes y hasta contraindicadas cualidades, para que subiera a este sitio a tejer el elogio del varón eximio cuya muerte ha enlutado a Antioquia.

El único arrimo que sostiene segura mi debilidad en este desproporcionado empeño, en que flaquea el entendimiento, es el corazón: pues si por amor va, yo se lo tenía ferviente y no desmentido; que si por admiración va, la mía es sincerísima y espontánea; si por convicción va, la tengo honda y cosida con las últimas telas del alma; si por respeto y adhesión, por veneración y afecto, soy ósado al afirmar que no cedo ventajas a nadie, y que presumo pasar todas las rayas en homenaje y loor de quien fué nobilísimo hijo de España, cumplidísimo varón de prendas excelentes, dechado de almas religiosas, ornamento y lustre de la ínclita Orden Carmelita y que fué asimismo por el afecto, hijo ilustre de Colombia, amigo íntimo de Antioquia y celoso luchador,

abrasado Apóstol y padre según el Evangelio, de la Región de Urabá, el Rvmo. Sr. José J. Arteaga.

Y con esto último, he dicho, h. m., lo que yo concebí como cifra y compendio de la personalidad gallarda del Sr. Arteaga que, como águila caudal salida de los riscos de Navarra, atravesó majestuosa y espléndida por el límpido cielo de Antioquia, y después de haberlo embellecido, pompéando en él con su vuelo augusto y sencillo, ebria de luz y de belleza, se posó brevemente sobre los Andes de Urabá, para en seguida, agitada del amor a lo Infinito, perderse de nuevo en la inmensidad... Lo que equivale a decir que fué un egregio español, un preclarísimo antioqueño y un alma de Dios.

### UN EGREGIO ESPAÑOL

Bien haya el día en que desaparezcan los amargos prejuicios, tan odiosos como sinrazonados, en que por tan largos años se ha incidido en la apreciación y narración de la historia de España. Singularmente reos son los historiógrafos de naciones protestantes o rivales de ella, y que por esos convencionalismos no discutidos e, injustos eran los fabricantes de la opinión pública europea, pues han tachado de fanatismo lo que era religiosidad pura y sincera, de idealismo desequilibrado lo que era generosidad, hidalguía, nobleza caballeresca.

Que los dos característicos rasgos de ella han sido el espíritu religioso y el legítimo honor, lo demuestra el río de sangre que durante ocho siglos hizo brotar generosamente de sus venas, para que su corriente limpia arrollase la ola de desenfreno y carnalidad que derramada por el Africa, batía sus costas. Y no se piense que fuera únicamente el sentimiento patrio lo que encendiera tal coraje en los pechos españoles, pues aquellas hazañas que nacieron a los pies de María en un santuario suyo, oculto entre las breñas de un monte; aquellos rostros bronceados por el sol de ocho centurias, que los contempló a su paso, abrazado el escudo y desnuda la espada, compraban con sangre noblemente el derecho de asentar el hogar, pero con él, y antes que él, el sacratísimo derecho de levantar un templo a la Majestad de Dios. Y asimismo, prueba fué de esta tesis, la mañana aquella, por siempre memorable, cuando al saltar de la Santa María, los más bravos navegantes que hayan

jamás rasgado el azul de las olas, y al tomar posesión de la mitad del planeta, acompañaron a la espada del Reino la Cruz del Redentor, sintiendo que si en el filo de la una se agitaba el alma de la Patria, por los brazos de la otra corría la sangre de la salvación.

Religiosa y caballeresca fué igualmente aquella alma intrépida y valentísima, víctima inocente de su propia grandeza, que cruzando también por Urabá, soñó con las dilatadas ondas del Pacífico, y al convertirse el sueño en realidad, en el primer baño de gloria, las aguas confundieron en un solo ósculo el pendón de Castilla y la Virgen Inmaculada que atesoraban sus pliegues: fué aquello el beso de tres inmensidades: el mar, el poderío de España y la bondad de Dios.

El Sr. Arteaga al nacer había recibido en herencia esta rica sangre vasca, amasada de pura religiosidad y de sano idealismo. A ese impulso debió en manera muy principal su ingreso en el Seminario y el haber brillado en Comillas, almacigo de sabios y de santos, entre los primeros y más aventajados en virtud como en letras. Fué allí donde se le abrieron los horizontes inmensos de la Filosofía, ciencia señora del pensamiento. Adquirió entonces agilidad en el raciocinio, propiedad y precisión en el discurso, penetración y lucidez en la idea, dotes señaladas en su oratoria. Pero fué allí singularmente, donde su levantado espíritu se elevó en poderoso ímpetu por los espacios de la Sagrada Teología, y llevado en alas de la fe, bebió a raudales la verdad que se encierra en los misterios y se enamoró definitivamente de la Suprema Verdad y de la Increada Belleza. Y como lo deja ver en varios de sus escritos, su espíritu se extasiaba contemplando la Majestad Augusta, soberanamente grande, celebrada por la adoración, venerada por la alabanza, con cetro de poderío sin límites, con manto imperial que cubre el universo, con diadema que es la ostentación y alarde de la hermosura más espléndida, de la limpieza más acabada, de la armonía más casta y delicada.

Al contacto mágico de este mundo sobrenatural, tuvo que despertarse en él el poeta, y entonces, transportando toda la opulencia de su vida interior al mundo creado y sensible, hizo que éste no fuera para él sino una inmensa lira eólica cuyos bordones estaban engarzados del cielo y que debía vibrar como el eco de las músicas

eternas. Fué este principio el que lo hizo no bruñidor de estrofas, de ritmo empalagosamente musical, en que el pensamiento se despedaza y aplebeya, sino el poeta auténtico, espontáneo, abundoso, que lleva el corazón en la mano, a través del mundo, para hacerlo vibrar enamorado de Dios, con el diapasón inmenso de las cosas.

Y tuvo para coronamiento de todo, aquella facultad sublime entre todas, y entre todas gallarda: **la elocuencia**. La elocuencia que se derrama en palabra de fuego: arroyo desbordado que arrastra en su corriente perlas de sabiduría, espada que se esgrime siempre triunfadora, látigo candente en la frente del vicio, madre de la virtud, maestra de la inocencia, oro de la belleza, primor y extremo del arte, maravilla de la ciencia, eco del cielo, reflejo y vislumbre de la Divinidad misma. Esta fué herencia, no de sus labios sino de su alma, que en ella arraiga la verdadera elocuencia, y de allí brotaba con fragores de tempestad o con reclamos de melodía; unas veces como súplica y ruego, como noble amenaza otras, pero siempre digna, señorial, augusta, conducida siempre por la verdad en el carro fulgurante de la belleza.

Y lo dicho baste para hacernos ver que al nombre de José Joaquín Arteaga, por la feliz combinación y desarrollo de estas dos tendencias, la religiosidad y el espíritu abierto, generoso, entremezcladas y confundidas admirablemente, respondía todo un español clásico, cortado por el molde de aquellos varones egregios del siglo de oro, lustre y ornamento de su Patria, orgullo de su raza, admiración y envidia de la humanidad.

### UN GRANDE ANTIOQUEÑO

Es de todo punto indiscutible que esta sección de nuestra dulce, de nuestra amada Colombia, se ha desarrollado vigorosamente; que sangre noble y robusta de astures, vascos y andaluces, alienta y agita sus arterias; que algo más de un millón de nervudos brazos, de espíritus despiertos, inteligentes, chispeantes, de seres laboriosos hasta la abnegación, sufridos hasta el heroísmo, resignados y joviales hasta delante del dolor y del sacrificio, habitan estas breñas; que son prácticos como si fueren hermanos de quienes viven envueltos en la atmósfera gris y caliginosa del Norte, pero tan deliciosamente

mente idealistas como lo fué en el siglo XIII el sagrado trovador, el dulcísimo Patriarca bajo el cielo abierto de la Umbría; y finalmente, cierto que de la misma manera que son libres, altivos, leones ante la injusticia del enemigo, son rendidos, humildes, se postran de hinojos ante la Cruz del Redentor.

Mas, al lado de esto, es igualmente indiscutible que somos incipientes apenas; que hay ingentes tesoros pero escondidos todavía; que nuestras montañas son arcaes cerradas; muchas de nuestras tierras, fecundas pero vírgenes; nuestras aromadas selvas, ciudades de fieras y que, llevando una vida religiosa y moral que nos da la legítima ufanía de poder medirnos ventajosamente con los pueblos más sanos, estamos en otros campos apenas empezando. Ahora bien, para mí, h. m., debemos rendir palmas al Sr. Arteaga y ornar su memoria con el más fresco ramo de la admiración y del cariño: aclamarle nuestro. ¿O no lo será quien abandona la casa solariega y con ella el corazón transido y desgarrado de una madre viuda y anciana, que se miraba en ese hijo único? ¿No será nuestro quien le cerró las puertas a un porvenir dorado a que le daban derecho sus talentos egregios, su cultura exquisita, su ventajosa posición? ¿No será nuestro quien huyó de Castilla donde habitaba entonces, dejando la veneranda y evocadora sombra de la franjeada, maravillosa catedral de Burgos, esa fragua de heroísmo en que se forjó de patriotismo y de fe la grandeza de España; ciudad que cuajó las primeras perlas del habla castellana y que regó pródiga el oro convertido en cántigas aquilatadas y finas, delicadas y bellas?

Todo lo abandonó por Urabá, por Antioquia, a donde vino con una sola ambición, pero no la mezquina del oro y el petróleo; la suya fué la que traía en ascuas aquellas dos almas, las joyas más ricas que nos haya granjeado España: Luis Beltrán, Apóstol de los indios y Pedro Claver, el Padre de los negros: el darnos sin reserva sus fuerzas y sudores, su afecto y su enseñanza, su vida y sus talentos: **Omnia impedam et superimpendar ipse**, darlo todo y a sí mismo para darnos finalmente a Jesucristo.

Por eso, porque era nuestro, su alma vibró de entusiasmo el más noble, y después que el invierno de siete años de martirios, en climas deletéreos y sujeto a recias

privaciones, no hizo como los grandes incendios, sino acrecentar la llama de su amor por Antioquia, el día que se lanzó la magna idea que todos conocemos, Medellín se sintió arrebatada por el caudal de su elocuencia, y parecía entonces que el mar de Urabá, vuelto entusiasmo, le batiera el pecho y el platino y el oro del Atrato y los aromas y frutos de esas selvas y sus rumores y cantares y la opulencia magnífica de la futura Antioquia, convertidos en belleza entre sus labios, vinieran a arrancarnos el juramento ante Dios y ante la Patria, de acometer aquella gigantesca empresa y triunfar o morir en la demanda, ensangrentando la brecha.

No dudemos: fué la gota más pura de la hidalga sangre de España, que, hecha diamante, brillará eternamente en la frente de Antioquia.

### UN ALMA DE DIOS

Lo dicho hasta aquí me releva de detenerme siquiera en el tercer pensamiento que había de desarrollar. Que el Sr. Arteaga fuera un alma de Dios, todo nos lo proclama. Y cómo ansío que este pensamiento no se olvide para que cuando se escriba la historia de Antioquia, no venga el disimulo sistemático, la tendencia siniertramente calculada de hombres pequeños, a deslustrar, a borrar, si pudiera, su nombre y sus gestas.

Ni el español, ni el antioqueño, superaron al varón de Dios, al Carmelita. La fe le salió al encuentro no bien hubo entrado en la vida. Su madre, arraigadamente católica, amasó en uno el néctar de su seno y las benditas enseñanzas de sus antepasados.

Hé aquí el fundamento. Cómo creció esa planta nos lo dirán Comillas y Burgos, que le amaron por su bondad extremada, que se edificaron de verle sencillo y humilde en medio de lisonjeros triunfos. Ellas fueron testigos de que la oración encendida era su deleite; su meta gloriosa; infatigablemente perseguida, la perfección; que la caridad más sincera y desenfadada, la delicadeza más noble, la abnegación más auténtica, la jovialidad más regalada, la más reposada prudencia, la afabilidad más desnuda de artificios, fueron siempre esmalte de su alma. Medellín también, pero señaladamente la próspera Frontino y los inmensos despoblados de Occidente, podrían narrarnos por haberlo visto en él,

lo que es la grandeza fácil y abordable—que sólo la medianía es presuntuosa—la abnegación sonriente, el celo inmarchitable, el consejo ponderado, la sabiduría paternal, insigne, el trato ameno, la amistad franca y cautivadora, y a par de eso, el espíritu de sacrificio silencioso, sin ostentación, absoluto, sin reticencias, que más bien es holocausto de olor suave a la gloria de Dios, y que constituye en la vida de un hombre, el sello más calificado y auténtico de Santidad: **El Sacrificio.**

No es de asombrar, porque en esto el Sr. Arteaga corría por los senderos de su vocación, y ello era el cumplimiento fiel del "**Sancti estote**" del Evangelio, porque había abrazado el estado de más encumbrada grandeza, y por eso de más sublime santidad, **el Sacerdocio**, embelleciendo su alma con destellos de Jesucristo, Pontífice Supremo. Y fué aquello, asimismo, fruto necesario de los tres dorados clavos con que atándose a El en la vida religiosa, adivinó el camino por donde se llega directamente a las excelsitudes del Tabor. Así había de ser además, porque él vestía el sagrado hábito, pertenecía a la familia espiritual, abrevaba su alma en los raudales purísimos y convivía el espíritu de la sin par virgen avileza y del cantor de la "Noche Oscura", los dos mayores místicos del mundo, águilas imperiales por el excelso vuelo de su pensamiento, embelesadores jilgueros de multisonoros arpegios, palomas castísimas de reclamo secreto, y realmente aves del cielo.

Esto fué lo que completó, lo que dió la síntesis a su vida. Que de nada le sirviera en estos momentos en que ya no es, ni la varia y rica pedrería de su literatura, ni las orlas que enlucieron su sapiencia doctoral, ni las sutiles especulaciones teológicas, hermosas sí, pero no meritorias, ni el galano decir de su prosa, ni el escogido primor de sus versos, porque al fin, "toda carne es heno, y su gloria como la flor de heno". (1) En vano la admiración le batiera palmas, en vano la lisonja le arrullara dulcemente el oído, en vano echáramos sobre sus hombros la toga de la grandeza y el dorado polvo de la celebridad, que todo esto es mero soplo de la vanidad humana. En vano la historia se empeñaría en grabar con oro su nombre en la página de

(1) Isaías XL—6.

la inmortalidad, que la historia también muere y se esfuma con el tiempo mismo donde empieza la eternidad.

Pero nó, que la gloria del Ilmo. Sr. Arteaga no perece y "**Defunctus adhuc loquitur**" (1), y aun desde su sepulcro nos da voces diciendo: "**Operam non perdit qui Deo laborat**" (2); no pierde sus afanes quien trabaja para Dios.

Y séame lícito formular un voto en esta ocasión solemne. Y es, que cuando Antioquia, realizado el sueño de grandeza que dulcemente la atormenta hoy, tenga el amplio, lujoso puerto, como una claraboya abierta sobre la inmensidad, que entonces, recordando que la primera piedra del suntuoso alcázar de su progreso, son los huesos de un humilde sacerdote y religioso, entonces, digo, a fuer de agradecida y noble, de religiosa y amante, coloque en la cima y remate del gran faro, a la que fué cifra de todos sus amores, la que es sonrisa la más pura de los cielos y Estrella de la Mar. Y de ese modo pagaremos un tributo a la memoria del Ilmo. Sr. Arteaga, en aquella que él quiso glorificar por siempre. Y así, cuando la mar bravía venga con su cresta espumosa a azotar la columna, rota la frente, se convierta a sus pies en un tapiz de flores; cuando enfurecido se lance en turbiones el monstruo, escupiendo hacia la altura con sus olas, llegue apenas a dibujar el arco iris que besará sus plantas; cuando brome, sus rugidos serán un himno, y cuando desapoderado y amenazante inunde la playa, aun entonces la glorifique, porque habrá echado ante ella un pedestal inmenso de esmeraldas.

Nuestra Señora del Darién será, además, la guardiana y garantía de nuestra libertad.

Y el día—que Dios no lo quiera—en que pasiones alevés, de esas que infiernan a veces el alma de los pueblos, empujaren a algunos a atentar contra nosotros, sepan que para vencer deben antes romper contra Ella, porque María lleva en su pecho las llaves de la soberanía de Colombia.

Entre tanto, nosotros, h. m., acompañemos con oraciones y llantos aquellos despojos. Que sus reliquias mortales descansen en paz, en la urna de oro de los afectos de Antioquia, allá sobre la peana de granito de sus An-

(1) Hebreos XI—4.

(2) Pío IX.

des, guardadas con la majestad de las selvas, enlazadas con la cinta gualda—la Carretera al Mar—que cantará sus glorias, y por único digno monumento, la azul, la inmensa majestad del cielo.

A. M. D. G.

Medellín, 3 de julio de 1926.

Puede imprimirse.

-|- MANUEL JOSE,  
Arzobispo de Medellín.

## CRONOLOGIA

### POSTUMA DE BOLIVAR

Van a continuación algunas fechas relativas a Bolívar, posteriores a su muerte. Si nuestro trabajo sobre efemérides anteriores al nacimiento del héroe tuvo a bien colocarlo como prólogo de su libro el Sr. Vivanco, éste quizá pueda ser como un modesto apéndice para su importante obra.

1830

Diciembre 22.—El auditor de guerra y marina Manuel Pérez Recuero hace en Santa Marta el inventario de los bienes de Bolívar que allí quedaron a su fallecimiento.

1831

Enero 10.—Decreta el gobierno de Bogotá honores fúnebres en memoria de Bolívar. (**Gaceta de Colombia**).

Enero 17.—Se celebran en Cartagena pomposas exequias en memoria de Bolívar. (Corrales. **Anales y Efemérides**).

Febrero 10.—Se celebran en Bogotá pomposas exequias en memoria de Bolívar. (**Gaceta de Colombia**).

Abril 13.—Decreta el gobierno de Chile honores en memoria de Bolívar. (**El Araucano** número 31. **Diario Oficial** de Chile de 16 de abril de 1831).

Mayo 10.—El Presidente de Bolivia decreta honores fúnebres en memoria de Bolívar.